

La Corea en Europa

Por Ricardo Pattee

Dos emociones se encuentran cuando se trata de la reacción europea al asunto coreano: primera, un sentimiento agudo de gratitud que por una vez la conflagración haya prendido a miles de kilómetros de distancia; y segunda, que el incidente en el Lejano Oriente es fiel reflejo del malestar que aflige al mundo entero, y notablemente a Europa. No existe la menor ilusión acerca de la "localización" del conflicto en un sentido general. No digo localización inmediata como episodio bélico, sino como síntoma de una tendencia que con desconcertante rapidez se va manifestando en todos los continentes.

Con la excepción de la prensa comunista, los periódicos europeos, sin excepción, señalan el fin de una etapa en la llamada "guerra fría". Y hay en este reconocimiento un fuerte sentimiento de *soulagement*, de alivio, que por fin el realismo se ha impuesto y tal vez, desde ahora en adelante, podamos arrostrar la situación sin el sentimentalismo que nos ha cegado hasta ahora. Porque la verdad es que, a pesar de tanta evidencia en su contra, hay gente, y gente de indiscutible seriedad, que sigue creyendo que hay alguna posibilidad de arreglo con la Unión Soviética. Corea puede servir para mostrarles que con la URSS no hay más que una sola política; de absoluta resistencia a cada intento expansionista y de vigorosa insistencia sobre la necesidad de un contra-ataque ideológico.

¿Cuál ha sido precisamente la reacción en los diversos países? Hablo primero de esta pequeña Suiza en que resido, atalaya para captar las repercusiones a través de todo el continente. La prensa suiza, pese a la política oficial de neutralidad, no ha vacilado en proclamar su convicción occidentalista. Observadores tan atinados como Georges Rigassi de la *Gazette de Lausanne* han exteriorizado su pensamiento al afirmar que, la política seguida por los Estados Unidos y la mayor parte de los países que forman las Naciones Unidas, representa la única vía concebible en la presente emergencia. Aquí la actitud hacia la Unión Soviética es correcta y las relaciones comerciales existen con bastante normalidad. Pero la neutralidad suiza nunca ha significado indiferencia a los grandes problemas ni ausencia de comprensión del contenido ideológico de las cuestiones que se agitan en el mundo. Suiza no puede ni quiere formar parte de un bloque determinado, ni hay ningún derecho a pedirle que abandone su política tradicional. Pero a la vez su prensa refleja sus convicciones anti-comunistas y su impaciencia con las razones baladíes y absurdas que esgrime la URSS en la contienda actual. Al mismo tiempo, pocos países europeos conservan una posición tan extraordinariamente objetiva respecto a los Estados Unidos. El distinguido comentarista francés, Bertrand de Jouvenel, escribiendo el 12 de julio en la *Gazette de Lausanne* señala el carácter de la lucha que se ha entablado y lo que a su manera de ver son los intereses funda-

mentales de los Estados Unidos. Concluye que moralmente Norte América puede tener la obligación de actuar como actúa, aunque, desde el punto de vista económico y político, no lo tiene. Hay una tendencia muy marcada tanto en la propaganda oficial norteamericana como en la europea que concuerda con ella, de hacer hincapié con inusitada insistencia en la necesidad de escoger absolutamente entre Moscú y Washington. Suiza rehuye semejante coyuntura. Desde el punto de vista práctico, es evidente que en la cuestión coreana la razón y el sentido común asisten a los Estados Unidos, y nadie se aventura a aseverar lo contrario.

La opinión pública europea va fatigándose cada día más con el aspecto ridículo de la postura soviética. Es evidente que hemos llegado a una etapa nueva en el penoso proceso de expansión comunista. Durante algún tiempo la propaganda servía admirablemente los fines de este expansionismo. Pero el comunismo actualmente ha llegado al límite de sus posibilidades. No hay el menor indicio de que en el occidente de Europa pueda avanzar peligrosamente por medios pacíficos. Esta segunda etapa es la presión y la guerra civil localizada, estilo Corea. Hay una verdad del tamaño de un templo y es que el comunismo no se establece ni puede establecerse en un país a menos que no vaya acompañado de la presencia o la presión del Ejército Rojo.

Pero cuando de la opinión europea acerca de Corea se trata, el asunto adquiere las proporciones de una angustia muy actual. Todo parece indicar hasta la fecha una repetición del ciclo nefasto que Europa ha conocido demasiado bien en los últimos años: invasión - ocupación - desembarque - liberación. Esto fué la experiencia de Europa y bien puede ser la de Corea. Durante estos últimos cinco años se ha hablado en los Estados Unidos de la posibilidad de dejar avanzar las fuerzas militares comunistas para luego en un inmenso movimiento de reacción, echarlas y reocupar el continente conquistado. Los europeos contemplan la situación en Corea algo así como una pre-vista de lo que bien puede esperarles a ellos.

Europa se alarma de la debilidad de los Estados Unidos. Tanta atención a la bomba atómica, a la posibilidad de la bomba de hidrógeno, a los aviones de creciente rapidez, y un descuido total de los problemas inmediatos de la infantería y el tanque. Como dice un editorialista de *Le Monde* de París: los norteamericanos han pensado tanto en la guerra futura que han olvidado las realidades de la guerra presente. Es preciso recordar que el occidente de Europa vive tranquila a la medida que cree en la fuerza y la potencialidad de los Estados Unidos. Y esta creencia ha sido gravemente comprometida con los últimos acontecimientos. Por supuesto, hay también un elemento de esperanza en todo esto. El incidente coreano ha de producir sus frutos de realismo que ha de acabar con el optimismo absurdo que ha dominado nuestra vida internacional desde 1945. ¿Qué puede pensarse de dicha política, cuando leemos en una publicación oficial del Ministerio de Estado de los Estados Unidos que, la base y punto de partida de toda la acción internacional de Norte América, a partir de 1945, había sido la convicción inquebrantable en la cooperación de la Unión Soviética en la obra de la reconstrucción permanente? Corea está prestando un servicio inestimable en disipar esta peligrosa nebulosidad que ha empañado durante tantos años una certera visión de la realidad internacional. Lo terrible es que haya sido necesario llegar al extremo de una guerra abierta antes de comprender la total imposibilidad de toda colaboración con la URSS.

Por supuesto que Europa ha reaccionado violentamente ante estos

acontecimientos. Desde Escandinavia hasta Turquía es evidente que Europa ha sentido este nuevo atentado contra la humanidad en carne viva. Cada país aplica la lección a su manera de vivir y a sus propias perspectivas. En la Gran Bretaña, resignada a un nuevo aislamiento y a un nuevo vía crucis, se propone el rearme hasta los dientes, pese a lo que representa esta determinación en términos de costo. Francia, a pesar de las estridencias de sus comunistas que sabotean por todos los medios el esfuerzo de reconstrucción, se decide que una repetición de 1940 es intolerable. Y lo que es más grave es que Europa comprende que los sacrificios que se imponen ahora en nombre de la defensa militar y naval significarán a la larga el final de su reconstrucción económica que hacía ya un progreso esperanzador. En Europa se reconoce plenamente que la seguridad es incompatible con el bienestar —tesis que François Mauriac ha desarrollado brillantemente en las páginas de *Le Figaro*—. En Norte América no se ha llegado todavía a esta comprensión y se busca con afán una conciliación entre el nivel altísimo de vida para la masa de la gente y la seguridad militar absoluta contra el enemigo. Se comprenderá tarde o temprano que los dos son irreconciliables.

Desde luego que Europa ha quedado pasmada ante la ineficacia de la resistencia norteamericana. La prensa europea en general reconoce que esta ineficacia es en cierto modo una virtud, pues revela claramente que Norte América no estaba preparada para una agresión. Y se reconoce igualmente que un ataque soviético contra Europa hubiese producido inmediatamente una reacción americana total y no parcial como en el caso de Corea. Pero todas esas razones absolutamente válidas no quitan el sentimiento de profunda inquietud causada por el fracaso de las armas americanas frente a los coreanos.

Añádese a esto otra lección igualmente significativa. Europa se inquieta ante el hecho de que Norte América se está plegando a la estrategia soviética. En Corea, como en todas partes del mundo, Norte América está a la expectativa de lo que haga la Unión Soviética. La URSS puede libremente escoger el próximo campo de batalla; decidir que una nueva guerra pequeña estalle y obligar a los Estados Unidos a acomodarse enteramente a su concepto de una estrategia global. “Los Estados Unidos están obligados a librar la guerra de hoy con las armas de mañana”. He aquí sintetizado el concepto muy generalizado entre los europeos ante la decisión de los Estados Unidos de intervenir en Corea.

En realidad, los soviéticos tienen una ventaja inmensa mientras mantengan la guerra —o las guerras— sobre el plano de la guerra clásica o convencional. La razón estriba en el hecho de que la guerra clásica depende de masas de hombres, de movimiento, y de recursos. La Unión Soviética posee en alto grado estos elementos indispensables. Y ha logrado crear lo que ninguna otra potencia jamás ha podido realizar —ejércitos populares que libren sus batallas. Ninguna política colonial clásica jamás ha dado como frutos masas de indígenas dispuestas a pelear en su propio territorio en nombre de la potencia dominadora. Los senegaleses y demás tropas indígenas representan algo de esto en el pasado. Pero no se pueden comparar con el entusiasmo con que los coreanos comunistas o comunizados, pelean en una guerra que ha sido impuesta por la Unión Soviética. Los soviéticos han comprendido evidentemente que perderán una guerra grande, pero que muy bien pueden triunfar en una serie de guerras pequeñas. Es una de las positivas novedades de nuestro siglo XX.

La guerra colonial tuvo su época. Estamos ahora frente a una guerra

de frontera. ¿Y cuál es la frontera sobre la cual se combate? Pues sencillamente la vastísima frontera entre las dos sociedades que ocupan al mundo: la occidental dominada por Norte América y la soviética dominada por la URSS. No estamos realizando en absoluto lo que algunos han dado en llamar una acción policiaca en Corea. Este tipo de acción se efectúa solamente cuando hay una sola sociedad y una nación voluntariamente se aparta de las normas que rigen esa sociedad. Pero en este caso, no existe ninguna presión moral posible de los occidentales sobre los coreanos del norte, por la razón de que éstos no aceptan las bases morales que representan la inspiración de la protesta. Además, el agresor en este caso se halla apoyado por el grupo de satélites que le aplauden, y así es que el estigma moral inflingido por el Occidente deja de ser un factor de peso positivo. Es necesario que comprendamos que no estamos en un mundo en que hay una nación agresora contra el resto de la comunidad internacional, sino que hay dos sociedades que parten de principios diametralmente opuestos y cuyas relaciones normales son la fricción y el roce.

Friburgo, Suiza, agosto de 1950.



LOS QUE ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

RICARDO PATTEE.—Conocido publicista católico norteamericano, residente en Suiza.

MANUEL LIZCANO PELLON.—Español, destacado dirigente de juventudes católicas.

PEDRO JOAQUIN CHAMORRO.—Director de LA PRENSA, de Managua. Autor de numerosos escritos históricos y literarios.

Pbro. Dr. D. VICENTE SARMIENTO.—Joven sacerdote salvadoreño, graduado en el Grand Séminaire de Montreal, Canadá.

IRINA DARLEE.—Escritora rusa, conocida en el mundo de las letras españolas y salvadoreñas.

LUIGI d'APOLLONIA, S.J.—Escritor de la revista RELATIONS, Montreal, Canadá.

Mons. PLANTIER.—Conocido dignatario eclesiástico de San Miguel, El Salvador.